

Carlos Peramo

# Me refiero a los Játac



II PREMIO DE NOVELA BRUGUERA

Carlos Peramo

*"Es un libro que hubiera podido escribir yo."*

*Ana María Matute*



BRUGUERA

Narrativa

Carlos Peramo

# Me refiero a los Játac

## II Premio de Novela Bruguera

otorgado, el 14 de febrero de 2007, por la escritora Ana María Matute  
en calidad de jurado único.

1.ª edición: abril 2007

© Carlos Peramo, 2007

© Ediciones B, S. A., 2007

para el sello Bruguera

Bailén, 84 - 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

Printed in Spain

ISBN: 978-84-02-42031-2

Depósito legal: B. 10.238-2007

Impreso por ROMANYÀ VALLS, S.A.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Tiny SanGabriel murió a los once años. Murió en el hospital, siendo todavía un niño, como lo éramos nosotros, sus amigos, que no le vimos morir ni falta que nos hizo para darnos también por muertos. Porque Tiny SanGabriel no murió. A Tiny SanGabriel lo mataron. Quienes lo hicieron lo esperaron una tarde a que saliera de su clase de repaso, se lo llevaron a Los Pinos y lo apalizaron. No creo que quisieran realmente matarlo, pues en aquel ajuste de cuentas nadie tenía más de quince años, sólo querían darle un buen susto, un escarmiento que nos sirviera de lección a los demás, pero alguien debió de golpear con poco tino, quizás una patada en la nuca o en la sien, y a Tiny tuvieron que llevárselo inconsciente al hospital, donde ya no despertó. Han pegado a Tiny, nos dijo su hermano Jorge aquella tarde mientras subía al coche de sus padres, nos vamos al hospital. Albert, Betu y yo estábamos sentados en la acera comiendo pipas. Jorge nos dijo aquello sonriendo. Nunca daba la sensación de preocuparse por las cosas que le sucedían a su hermano pequeño; más bien las aprovechaba para burlarse de él, para herirlo. La palabra hospital nos asustó. Recuerdo que nos quedamos los tres mirando cómo se alejaba el Renault 9 de Jorge y luego permanecemos un rato en silencio, masticando las pipas, escupiendo las

cáscaras, dándole vueltas a la palabra hospital y a la cara congestionada de la madre de Jorge y Tiny, mientras la acera se nos iba haciendo pequeña. Ahora vendrán a pegarnos a nosotros, susurró Betu. Tenía los ojos fijos en la pared de enfrente. Se refería a que Bruno Altagracia y los suyos consumirían la venganza, a que no se contentarían con haber zurrado a Tiny. Vendrán a pegarnos, añadió con una cáscara de pipa colgándole del labio. Betu era el menos aventurero de los cinco, el más miedoso, el más cabal. Antes de hacer cualquier cosa se la pensaba media docena de veces, le gustaba avisar, enumerar los peligros. No solíamos hacerle caso cuando se ponía pesado. Simplemente, le decíamos *Pues no vengas, pues no lo hagas*. Aquella tarde no nos atrevimos a contradecirle. ¿De qué serviría engañarse? Resultaba obvio que Bruno Altagracia no se contentaría con haber pateado a Tiny. Después de todo lo que había ocurrido, nos quedaría a los cinco. Dejé de comer pipas porque me tragaba las cáscaras. A mí nunca me habían pegado, al menos no tan fuerte como para enviarme al hospital. Imaginé a mis padres yendo a visitarme: un brazo escayolado, la cabeza vendada, un mes sin poder salir de casa. Vaya putada, dije. Albert y Betu asintieron. Nos fuimos enseguida a casa porque la calle nos pareció de pronto un lugar imprevisible. Por la noche apenas cené y me fui a mi cuarto pensando en Tiny. La culpa era nuestra. Con los años tuvimos ocasiones de sobra para lamentar una y otra vez el momento en que se nos ocurrió ir a los túneles de desagüe de la carretera 340. Si hubiésemos tenido cualquier otra idea, si por una vez hubiésemos hecho caso a Betu o nos hubiéramos quedado en el sótano del garaje de Albert jugando al Scalextric, Tiny estaría vivo. Pero los Játac no podíamos renunciar al peligro, no sabíamos. En cuanto

Albert comentó una mañana lo de los desagües, supimos de inmediato que acabaríamos los cinco chapoteando en ellos, riendo en la oscuridad de los túneles. Nunca hablamos en serio de lo que le ocurrió a Tiny, ni siquiera lo hicimos cuando rebasamos la adolescencia y comenzamos a pisar las discotecas; supongo que nos avergonzábamos de ello. Una noche de muchas cervezas, creo que yo ya había cumplido los diecisiete, se me ocurrió preguntar si recordaban a Altagracia, el modo en que él y los suyos habían desaparecido después de la paliza a Tiny. Como íbamos borrachos nos entró la melancolía y nadie pensó en Altagracia, sino en la horrible muerte de Tiny. ¡Por qué no te vas a la mierda!, me espetó Jorge, y no volvimos a verlo en toda la noche. Era quien peor toleraba hablar de su hermano pequeño, no conseguías arrancarle una sola palabra sobre el asunto. Con el paso de los años se comportó como si Tiny no hubiese existido. Nosotros se lo respetamos, supusimos que se trataba de una reacción lógica al dolor, su sistema particular de sobrevivir a la desgracia. Desde el día que enterraron a su hermano tuvo siempre una fotografía suya en la mesilla de noche y, a veces, se pasaba horas mirándola. Me lo confesó poco después de la muerte de Tiny. Me dijo: ¿Sabes qué he hecho, Carlos?, ¿quieres saberlo? A Jorge le gustaba de vez en cuando contarme sus cosas, creo que confiaba más en mí que en los demás. No se lo digas a nadie, me pidió, he puesto una foto de Tiny en la mesilla de noche. Me costó creerlo, pero me llevó a su habitación y pude comprobarlo con mis propios ojos. Era la primera vez que yo veía a Tiny después de su muerte, una fotografía a color, él hacía una mueca a la cámara, siempre hacía muecas.

Veintidós años después, cuando yo ya había cumplido

los treinta y cinco, tenía un empleo fijo, me había casado con Vanesa y, sobre todo, me había acostumbrado a que el recuerdo de Tiny, aunque siempre presente, se mantuviese prudentemente alejado de mí, me enviaron de nuevo a los desagües de la carretera 340. Fue algo chocante volver al lugar donde empezó todo, porque la riera bajo la carretera continuaba siendo la misma a pesar del tiempo: sucia, húmeda, comida por los hierbajos. Yo era entonces capataz del departamento de obras públicas del ayuntamiento, manejaba una brigada de quince hombres y nos habían mandado allí a reactivar un viejo entramado de desagües que en los años sesenta quedó obsoleto y fue sustituido por el actual. Como en esos cuarenta años había ido en aumento el número de fábricas en el extrarradio del pueblo y habían ensanchado también la carretera de dos carriles a cuatro, se decidió recuperar ese viejo entramado para evitar las inundaciones que se producían durante los días de lluvia intensa. Nuestro trabajo consistiría en realizar un empalme entre los túneles viejos y los nuevos. Cuando nos plantamos frente al acceso principal de los desagües, un agujero abierto en el muro, dejé de ver a los compañeros, dejé de ver las herramientas y los cascos y las pesadas botas y me vi a mí mismo de niño el día que se nos ocurrió a los cinco bajar allí. Me refiero a los Játac. Se nos ocurrió bajar porque Albert nos había contado que el ayuntamiento estaba considerando la posibilidad de cerrar para siempre aquellos túneles porque no se utilizaban desde hacía veinte años y era un lugar peligroso. ¿Cómo lo sabes?, le preguntó Jorge. Mi padre se lo ha dicho a mi madre, contestó Albert. Y con los ojos muy abiertos añadió que había cientos de túneles, que podías entrar en ellos y perderte para siempre o aparecer nadie sabía dónde, in-

cluso más allá de los límites del pueblo. Yo creo, opinó, que podemos llegar a las playas de Gavà o Castelldefels. Le escuchamos con la boca abierta. ¿Y para qué queremos ir a la playa por esos túneles?, dijo Betu, ¿por qué no vamos por la carretera, como todo el mundo? Nadie le hizo caso, ni siquiera se nos ocurrió cuestionarle a Albert que era más bien improbable que aquellos desagües llegaran a una playa que se hallaba a unos veinte o veinticinco kilómetros de Sant Feliu de Llobregat. Iríamos a los túneles y se acabó. Esa misma tarde conseguimos unas cuantas bolsas de plástico del supermercado Mirsa de nuestro barrio y un par de linternas, y nos fuimos a la riera de la carretera 340. Era la última semana del mes de julio de mil novecientos ochenta y uno.

Metido en la riera con mis compañeros de trabajo, cargando herramientas y preparando el terreno para iniciar las obras de reestructuración, me pareció increíble que hubiesen transcurrido veintidós años. Recordaba perfectamente aquella calurosa mañana de mil novecientos ochenta y uno: los cinco inclinados sobre la baranda del puente de la carretera mirando la riera que corría por debajo de nosotros. Es allí, dijo Albert señalando el acceso a la red de desagües, un agujero abierto en una de las paredes de la riera, a cinco o seis metros por debajo de nuestros pies. Los coches tronaban por la carretera. ¿Estás *completamente* seguro?, receló Betu. Estoy *completamente* seguro, asintió Albert. Albert siempre estaba seguro. ¿Cómo vamos a bajar?, pregunté. Nadie me contestó. Había tres formas de hacerlo. La primera era conseguir una buena cuerda, anudarla a la baranda del puente y deslizarse por ella hasta el suelo. La segunda era caminar un kilómetro carretera arriba, cociéndose al sol y tragándose el humo de los tubos de escape, llegar al

límite municipal de Sant Just, serpentear entre las fábricas y alcanzar el punto donde la riera apenas tenía un metro de profundidad. Y la tercera forma era saltar en caída libre y probar a partirse la crisma. Saltemos, sugirió Tiny. Lo decía en serio. A Tiny no le importaban los resultados de sus actos. Sencillamente, hacía lo que le venía en gana y luego afrontaba las consecuencias sin un lamento. Era un gafe *de* los accidentes, iba siempre parcheado de tiritas y vendas, con morados que ni siquiera recordaba haberse hecho. Junto a Tiny te sentías más seguro, más inmune a las desgracias, porque acaparaba para sí todos los males. Pensábamos: si a alguno de los cinco le tiene que suceder algo, le sucederá a Tiny. Y no fallaba nunca. Si existía alguna superficie lisa en la que resbalar aparatosamente, allí iban los pies de Tiny; si había en el mundo un clavo oxidado apuntando hacia arriba, allí iba el pie de Tiny para clavárselo hasta el fondo, aunque los demás hubiésemos pasado antes que él por el mismo sitio; si corríamos a toda velocidad por las aceras llamando a los timbres de las puertas y no veíamos aquella repisa demasiado baja o aquella puerta abierta, allí iba la cabeza de Tiny a darse el cabezazo. Era como la ley de la gravedad o la salida del sol: siempre ocurría. Quienes lo mataron podrían habernos cogido a cualquiera de nosotros, pero tuvo que ser él. Fue un chico predestinado a no envejecer, a perder la vida de un modo violento, al pie de una carretera o en un hospital, solo. ¡Vas a saltar tú, Orejón!, exclamó Jorge, ¡por hablar! Se acercó a él y lo agarró por el cuello de la camiseta, gritándole: ¡Salta! ¡Venga, salta! Lo empujaba con fuerza para hacerlo brincar por encima de la baranda. También Jorge hablaba en serio: estaba dispuesto a arrojar a su hermano al vacío. Dejad de hacer el imbécil, gruñó Albert, lo mejor será ir

hasta Sant Just. Nos dirigimos al arcén de la carretera 340 y caminamos bajo el sol abrasador durante veinticinco o treinta minutos. Al llegar al punto de menor profundidad, saltamos a la riera y realizamos el correspondiente kilómetro de vuelta entre hierbajos, montones de latas y neumáticos viejos, pisando jirones de ropa y bolsas de basura, masticando polvo y escupiéndolo. Si alzabas la vista hacia la baranda de protección, cinco o seis metros más arriba, podías fácilmente imaginar que, por aquella vez, la aventura no iba a ser cualquier cosa. Nunca saldremos de aquí, murmuró Betu. Como de costumbre, lo acusamos de miedica y aguafiestas y lo zarandeamos entre los escombros y las malas hierbas, pasándonoslo de uno a otro como si fuese una pelota; nos gustaba hacerlo de vez en cuando porque era el más menudo de los cinco y nos divertía la manera en que se enfadaba. Ninguno de nosotros podía saber en aquel momento que, por una vez, los temores de Betu estaban más que justificados, porque, en cierto modo, nunca salimos de allí. Llegamos al agujero circular de los desagües y sonreímos bajo el sudor que nos resbalaba por las sienes y la boca; imaginamos el interior lleno de túneles traicioneros, de ratas enormes. De repente nos alcanzó un hedor horrible. Extrajimos de los bolsillos de los tejanos las bolsas de plástico Mirsa, una para cada pie, y nos las colocamos por encima de las zapatillas de deporte, anudándonos las asas en los tobillos; nos protegerían de pisar no se sabía qué porquerías. Llevamos a cabo la operación solemnemente, como si nos hubieran enviado de repente a sustituir a *Los hombres de Harrelson* en una peligrosa misión. Betu no pudo evitar advertirnos: Podemos perdernos ahí dentro, lo sabéis, ¿verdad? El sol de sobremesa caía sobre su pelo rubio y ribeteaba su cara de som-

bras. Claro que lo sabemos, le respondió Albert, por eso estamos aquí. Probando el haz de su linterna, Jorge dijo: Tranquilos, yo puedo orientarme perfectamente ahí dentro. Y Betu le replicó al instante: ¡Tú no has estado en un sitio así en tu vida! Puedo orientarme, repitió Jorge. Hablaba sin escuchar a Betu, con suficiencia. ¡No puedes orientarte!, insistió Betu, ¡no conoces los túneles! Y Jorge, que cuando se ponía en plan borde fulminaba la paciencia de cualquiera, siguió comprobando como si nada el correcto funcionamiento de la linterna y repitiendo que tenía buen sentido de la orientación, que estaba capacitado para orientarse a la perfección en cualquier sitio. ¡A la mierda si no soy capaz de hacerlo!, exclamó. Lo que sacaba a Betu de sus casillas era el sosiego con que Jorge seguía empeñado en llevarle la contraria, el desafío que palpitaba en su sonrisa de dientes blancos, perfectamente alineados y también demasiado grandes. Miraba a Jorge directamente, frotándose las manos contra los tejanos, muy cerca de la entrepierna, gesto muy habitual en él en momentos tensos y discusiones. Jorge sonreía sin mirarle, provocador: Puedo orientarme. Fuera de control, Betu le soltó: ¡Esto no es un episodio de la tele, listo, aquí nos puede pasar algo! Eran tal para cual, los dos atacando y defendiéndose, como paredes repeliendo pelotas de goma. Betu podría haberse pasado la tarde enfrentándose a él, tacharlo de listo bocazas durante horas, tenía energía para eso, porque era inquieto por naturaleza, una inquietud que era su combustible y que, a veces, le provocaba incontenibles arrebatos de furia que estallaban de repente y luego desaparecían como una ráfaga de viento, pero al final Albert se colocó entre ellos y ordenó: Yo iré delante con mi linterna, tú, Jorge, irás el último con la otra. Albert era el más fuerte de todos,

el más alto, tomaba las decisiones. Agarró a Tiny de la camiseta y se lo llevó con él a la entrada de los túneles. Y así avanzamos uno tras otro, muy juntos, masticando el riesgo, la emoción que nos perdía.

Cuando regresé con treinta y cinco años al entramado de desagües, pensé al cabo de unos minutos que podría controlar la situación, que sólo se trataba de un puñado de recuerdos, pero conforme fue transcurriendo la mañana resultó cada vez más doloroso seguir dándole vueltas a la forma en que aquellos túneles acabaron pulverizando la magia de los Játac. Los hombres de mi brigada maldijeron el calor y algunos empezaron a mojarse la cabeza y los brazos con el agua de las mangueras. Julio era un mes horrible para trabajar al aire libre, no había modo alguno de sacarse el calor de encima.

—¡Tráeme los planos, Fernández! —grité.

Los técnicos del ayuntamiento nos habían advertido del laberinto que se escondía en los desagües, que al parecer fueron construidos alrededor de mil novecientos cuarenta por verdaderos incompetentes, amantes de perforar a diestro y siniestro sin un criterio definido. Fernández me entregó los planos y los desplegué en el suelo.

—Menuda chapuza —dije observando en el papel el caos de túneles y pasadizos, muchos de los cuales ni siquiera fueron terminados—. Lo primero que hay que hacer es derribar esta pared —expliqué señalándola con el dedo—. Está a diez o quince metros de la entrada, luego habrá que echar abajo otras, quizás ocho o diez.

—¿Y a santo de qué tantos túneles tapiados? —preguntó Fernández.

—Medidas de seguridad —respondí—. A veces venían chicos por aquí y se metían dentro, así que, a prin-

cipios de mil novecientos ochenta y dos, decidieron tapiarla.

—Joder —suspiró—. ¿Qué chicos iban a querer meterse en un pozo de mierda como éste?

—Bueno —sonreí—, los chicos son capaces de cualquier cosa.

—Dímelo a mí —se carcajeó Fernández—, que tengo cuatro demonios en casa.

Asentí. A nosotros también nos llamaban demonios cuando peloteábamos contra los coches o las puertas de los garajes particulares: ¡Sois unos demonios! Nadie decía los Játac, claro, aquello era sólo una gilipollez nuestra, decían demonios o niños del demonio. Repasando los planos comprendí el peligro que corríamos realmente los Játac metiéndonos allí dentro, hasta qué punto pudo perdernos nuestra temeridad sin remedio.

Miré la espalda de Vanesa y supe que algo andaba mal. No era la primera vez que tenía ese presentimiento de catástrofe, pero sí la primera que lo sentía con tanta fuerza. Estábamos con todas las ventanas del piso abiertas y en ropa interior, rodeados de ventiladores, pero julio se colaba de todos modos en el comedor. Llevábamos todo el mes encerrados en casa sin saber qué hacer con el tiempo, entregados a una lenta rutina de matadero: nos levantábamos, íbamos a trabajar, regresábamos; después de comer yo me tumbaba en el sofá a escuchar música o a leer y Vanesa se sentaba frente al ordenador a encadenar un solitario tras otro; algunas tardes, si el calor remitía lo suficiente y nos encontrábamos con ánimos, salíamos a tomar algo al Tropic. Era horrible. Me asustaba lo que se escondía detrás del aburrimiento, de las subrepticias miradas con que cada tarde observaba la espalda quebradiza de Vanesa sin saber cómo convertir ese miedo en palabras. Llevábamos demasiados días embarrancados en medio del calor, sin decirnos nada a pesar de que los dos sabíamos que sabíamos. Se tardan años en descubrir que el silencio entre dos personas puede resultar ensorecedor.

—¿No puedes poner otra música? —dijo.

Ella detestaba a Bryan Ferry. En realidad, detestaba la música en general, o eso decía, a mí me costaba creerlo,